

que el viento de Islandia había cambiado de color y de aspecto, y abría el nuevo día con un amanecer siniestro.

Hacia demasiado buen tiempo de algunos días a aquella parte, y claro era que semejante estado de la atmósfera no podía durar siempre.

El viento soplabá sobre aquel conciliábulo de naves como si experimentase la necesidad de dispersarlas. En efecto, comenzaban a desparramarse por el mar como un ejército en derrota sólo ante aquella amenaza escrita en los aires.

El viento arreciaba por momentos, haciendo estremecer a hombres y barcos. Las olas, pequeñas todavía, empezaban a correr las unas tras las otras, a agruparse, a cubrirse en sus crestas de espuma blanca, con un rumor de hervidero continuo. No se pensaba ya en la pesca, sino en la maniobra. Cada barco, por su parte, se apresuraba a escapar; unos, tratando de llegar a tiempo para buscar abrigo en los *fiords*; otros preferían remontar la punta Sud de Islandia, encontrando más seguro para ellos tomar *el largo* y tener delante el espacio libre, para huír viento en poca. Todavía se divisa-

que el viento de Islandia había cambiado de color y de aspecto, y abría el nuevo día con un amanecer siniestro.

VII

Hacia demasiado buen tiempo de algunos días a aquella parte, y claro era que semejante estado de la atmósfera no podía durar siempre.

El viento soplabá sobre aquel conciliábulo de naves como si experimentase la necesidad de dispersarlas. En efecto, comenzaban a desparramarse por el mar como un ejército en derrota sólo ante aquella amenaza escrita en los aires.

El viento arreciaba por momentos, haciendo estremecer a hombres y barcos. Las olas, pequeñas todavía, empezaban a correr las unas tras las otras, a agruparse, a cubrirse en sus crestas de espuma blanca, con un rumor de hervidero continuo. No se pensaba ya en la pesca, sino en la maniobra. Cada barco, por su parte, se apresuraba a escapar; unos, tratando de llegar a tiempo para buscar abrigo en los *fiords*; otros preferían remontar la punta Sud de Islandia, encontrando más seguro para ellos tomar *el largo* y tener delante el espacio libre, para huír viento en poca. Todavía se divisa-

ban los unos a los otros; por doquiera surgían velas de la sima de las olas, como otras tantas cosas débiles, fatigadas, fugitivas, pero sosteniéndose sin embargo, a la manera de esos monigotes con que juegan los niños, y que se tumban al menor soplo, pero que siempre se vuelven a poner derechos por sí solos.

El crucero había marchado en busca de los abrigos de la costa de Islandia, dejando solos a los barcos pescadores sobre aquel mar alborotado, que a cada momento tomaba peor aspecto. Las distancias íbanse aumentando entre ellos, y pronto debían perderse de vista.

Algunas horas habían bastado para trastornarlo todo en aquella región poco antes tan tranquila; al silencio de antes oponía ahora la Naturaleza un espantoso ruido. ¿A qué semejante agitación, inútil, inconsciente, sobrevenida con tal rapidez? ¡Qué misterio de ciega destrucción!

Las nubes acababan de desplegarse en el aire, viniendo siempre del Oeste, apresuradas, invasoras, oscureciéndolo todo. Sólo algunos desgarramientos del toldo gris dejaban entrever todavía algún rayo de sol, y el mar, de color verdoso, se esmaltaba más y más de espumas plateadas.

Al mediodía, la *María* había concluido de tomar sus disposiciones de mal tiempo, cerrando sus escotillas y cargando sus velas mayores. Elevándose flexible y ligera sobre las olas, tenía un aspecto juguetón, como los grandes pescados a quienes divierten las tempestades. "Huía delante del tiem-

po", como dicen los marinos, sin más vela desplegada que la mesana.

También el tiempo huía delante de no sabemos qué cosa misteriosa y terrible. El viento, el mar, la *María*, las nubes, todo parecía dominado por el mismo pánico y el mismo afán de fuga velocísima. El viento sobre todo. Luego, las masas de olas, más pesadas, más lentas, corriendo tras de él; después, la *María*, arrastrada en el movimiento de todas las cosas. Las olas la perseguían con sus crestas lívidas que rodaban en una caída perpetua: ella, siempre alcanzada, rezagada siempre, conseguía escaparles por medio de una hábil estela que dejaba por la popa; de un remolino en que se quebrantaba su furor.

Aquello no cesaba; antes bien iba siempre en aumento, y las olas se sucedían unas a otras en largas cadenas de montañas, interrumpidas por sombríos valles. Era un tiempo bien duro, que reclamaba toda la vigilancia de los tripulantes de la *María*.

Juan y Silvestre estaban a la barra del timón, atados por la cintura para no ser arrebatados por una ola. Todavía seguían cantando el *Juan Francisco*, a voz en grito, contrariados de no poder oírse a sí mismos a causa del formidable ruido de los elementos.

—¡Ah de los muchachos!—gritó el patrón Germeur, pasando su cara barbuda a través de la boca de escotilla—. ¿Huele ahí a moño?

No olía, por cierto, a mohó sobre la cubierta, barrida a cada instante por las olas.

Los dos timoneles contemplaban aquel espectáculo, sin miedo, como gentes que tienen confianza en su vigor propio y en la solidez de su barco, no menos que en la poderosa protección de la Virgen de barro pintado que, en treinta años de viajes a Islandia, había asistido a las luchas de la *María* con el mar, siempre risueña entre sus ramos de flores contrahechas...

Subido encima de un risco,

¡Juan Francisco!

¡Juan Francisco!

Y sin dejar su monótona canción, Juan y Silvestre trataban de mantenerse bien asidos a la barra, revestidos con sus trajes de tela embreada, que eran duros y relucientes como la piel de los tiburones.

A cada masa de agua que caía sobre ellos, los dos compañeros se miraban, sonriéndose a la idea de que iban teniendo las barbas en salmuera como sus bacalao.

Pero a la larga, tanto resistir a aquel furor de los elementos, que no se apaciguaba nunca, que siempre tenía el mismo grado de paroxismo exasperado, se les hacía extremadamente fatigoso. La cólera de los hombres y de las bestias se calma y desaparece pronto; pero la de las cosas inertes, sin causa y sin objeto, es inacabable.

¡Juan Francisco!

¡Juan Francisco!

Todavía no abandonaban la vieja copla, que salía ahora de sus labios, cárdenos por el frío, como una cosa afónica, murmurada de vez en cuando inconscientemente. El exceso de movimiento y de ruido les había puesto como ebrios: fuertemente agarrados a la barra, como atornillados a ella, hacían con sus manos crispadas y lívidas los esfuerzos que exigía el gobernalle, casi sin pensar en ello, por simple hábito de los músculos. Ya no se veían; solamente tenían la conciencia de que estaban el uno junto al otro. En los instantes de más peligro, cada vez que detrás de la popa se erguía una nueva montaña de agua, ruidosa, amenazadora, atropellando su barco con un gran rumor sordo, una de sus manos se agitaba haciendo involuntariamente la señal de la cruz.

No se acordaban ya de nada; ni de Gaud, ni de mujer ni matrimonio alguno. Ya no eran más que dos pilares de carne rígida que sostenían la barra de un timón; dos animales vigorosos que se sujetaban allí, por instinto, para no morir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO

iban con igual objeto, ni él pareció fijarse en Gaud, ni ella encontró medio de hablarle.

He aquí por qué tomó al fin la gran resolución de ir en persona a casa de Gaos, aprovechando un pretexto oportuno que la casualidad le deparara.

Su padre había tenido, hacía tiempo, algunos intereses comunes con el de Juan: uno de esos negocios complicados que entre pescadores, como entre campesinos, no se acaban nunca, y como consecuencia del cual, le estaba adeudando unos cien francos.

—Deberíais—había dicho Margarita a su padre—dejarme llevar ese dinero a Pors-Even; en primer lugar, me alegraría de ver a María Gaos, y además, ese largo paseo me serviría de distracción.

En el fondo, sentía una gran curiosidad por aquella familia de Gaos, en la que tal vez entraría ella un día, como lo experimentaba por la aldea y por la casa que habitaban.

En una de las últimas conversaciones que tuvo con Silvestre antes de la partida de éste, el chico le había explicado a su manera la hurañez de su amigo.

—Mira, Gaud—le decía—es que él es así; no quiere casarse con nadie, porque es un raro. No quiere de veras más que al mar; hasta recuerdo que una vez nos dijo por broma que quería casarse con las olas.

Tales explicaciones influían en que ella le perdona-se su brusquedad, y evocando en su memoria el

recuerdo de las amables atenciones que Juan le guardó la noche del baile, volvía a su corazón la esperanza.

Si por feliz coincidencia le encontraba en su casa, nada pensaba decirle, seguramente; no tenía la intención de mostrarse tan atrevida; pero tal vez él, al verla tan de cerca, se decidiera a hablar...